La narrativa de Tom Sharpe: Entre la farsa y la sátira

Luis Alberto Lázaro Lafuente

Para gran parte de la crítica Tom Sharpe es un famoso autor de divertidas novelas en donde predomina el chiste fácil, el enredo y la farsa, más que los procedimientos retóricos y el talante propios de la sátira canónica. Frecuentemente nos encontramos con opiniones que definen cualquiera de sus obras como «asombrosa y disparatada farsa novelesca» (Urioste 34) o «a black comedy that securely established his reputation as a comic writer» (Midgley 7). Asimismo, en los comentarios de las contraportadas de sus obras, tomados de reseñas literarias de conocidos periódicos británicos, entre los que se encuentran *Daily Telegraph*, *Tribune*, *Guardian*, *Listener*, *Sunday Times*, etc., aparecen expresiones tales como «superb farce», «boisterous knockabout farce», «a crackling, spitting, murderously funny farce», «a lusty and delightfully lunatic fantasy», «a highly intelligent funny book», «deliciously English comedy». Rara vez tenemos la ocasión de ver el término «sátira»; de vez en cuando oimos alguna voz que le llama «satirical farceur» (Shrimpton 45) o define sus novelas como «the sharp mixture of comedy and cruelty, sex and satire» (Hewison 1280), pero pocos son los críticos que utilizan esta palabra para referirse a las obras de Tom Sharpe.

Cabría entonces preguntarse si novelas como *Riotous Assembly*, *Wilt* o *Ancestral Vices* pueden ocupar un sitio dentro de la tradición satírica de la literatura inglesa, o si por el contrario hay que catalogarlas únicamente como entretenidas farsas novelescas propias de la literatura de humor. Para dar respuesta a esta pregunta, primero hay que intentar, en pocas palabras, delimitar los dominios de la sátira, empresa nada fácil que requiere una gran capacidad de síntesis y algo de audacia.

Varios autores, entre los que se encuentran Northrop Frye, Gilbert Highet, M. Hodgart, Alvin Kernan, Arthur Pollard, James Sutherland o David Worcester, han intentado, con mayor o menor éxito, establecer los elementos comunes que se encuentran en las obras denominadas satíricas. De de estas opiniones me voy a servir para intentar definir un género que es tan viejo como la humanidad, pero cuyos límites aún hoy están borrosos, ya que se trata de un modo de expresión literaria que puede cubrir una temática muy amplia y aparecer de forma muy variada en poemas, novelas, comedias, epístolas y hasta artículos en prosa. Aunque para algunos poetas latinos como Horacio y Juvenal, la sátira era un género literario muy concreto, hoy en día este mismo término se utiliza también para calificar un tono o intencionalidad crítica que

tiñe una obra o alguna de sus partes. Un tono que, a su vez, puede reflejar desde la amargura y acritud más extremas hasta el humor y optimismo más desaforados.

En cualquier caso, la sátira tiene siempre como propósito representar la realidad cotidiana con el fin de poner de manifiesto, ridiculizar o censurar los defectos y vicios humanos, personales o colectivos, para desarraigarlos. La sátira, entonces, parte de una norma moral establecida y es consciente de la diferencia entre lo que las cosas son en realidad y lo que deberían ser. A partir de ahí, el escritor satírico expresa su punto de vista crítico sobre el objeto al que dirige sus dardos. Además, junto a la justificación moral de la sátira y la intencionalidad crítica del escritor, hay que añadir un tercer componente, que es la labor didáctica o persuasiva del escritor, quien ha de convencer al público en general de la validez moral de su crítica. Los procedimientos retóricos que utiliza el género satírico en esta labor persuasiva son varios y generalmente sutiles.

En primer lugar, para poder ganarse al público más fácilmente, el escritor satírico tiene que presentar su causa con gran sencillez y claridad, por lo que se ve obligado en muchos casos a llevar a cabo una simplificación drástica, mostrando una parte sólo de la realidad y exagerando o ignorando el resto. Esta simplificación suele verse claramente en los personajes de ficción, quienes por regla general aparecen como simples caricaturas. En otras ocasiones la sensación de economía literaria se manifiesta mediante un estilo conciso y preciso, o en una trama argumental compacta y sin ningún tipo de divagación.

En segundo lugar, el escritor satírico suele asimismo distanciarse de su creación. La sátira se realiza con un cierto distanciamiento, por ejemplo, en la presentación de personajes, hacia los que el autor no muestra demasiada simpatía y con los que es difícil identificarse plenamente. Este tipo de escritor adopta también una postura distante con respecto a su argumentación o alegato, lo que requiere bastantes dosis de ingenio y un dominio de la ironía. En la narrativa de corte satírico es difícil encontrarnos con la voz del narrador emitiendo juicios morales o dirigiendo al lector hacia un punto de vista concreto de forma explícita; por el contrario, suele dejar que sea el propio argumento y los personajes los que hablen por sí mismos.

Como consequencia de este distanciamiento, la sátira generalmente realiza su ataque de forma indirecta. No estamos ante un sermón lanzado desde un púlpito en el que el predicador o moralista de turno vierte directamente su crítica social, sino ante un autor satírico que se sirve del símil y la metáfora, la parodia y el ridículo, o cualquier forma que tenga a su alcance para degradar a su víctima y dañar su dignidad como ser humano.

Finalmente, se suele incluir en la sátira un toque de fantasía que hace que el asunto, la acción o los personajes que se presenten puedan parecer absurdos o grotescos, pero sin prescindir nunca de referencias a la realidad. El elemento satírico siempre contiene un ataque sobre una realidad que debe ser reconocida por el lector; en caso contrario, la sátira no sería efectiva. Este elemento fantástico puede tener su origen en la alegoría, el viaje fantástico, la fábula, la utopía, o simplemente la creación de un mundo real que el autor magnifica, minimiza o distorsiona de tal manera que se transforma en un mundo imaginario.

Al intentar aplicar estos rasgos distintivos de la sátira a la figura de Tom Sharpe, nos encontramos con una primera dificultad: las propias declaraciones de este autor en las que niega la justificación moral de sus obras y su intencionalidad crítica. En una entrevista realizada por Alan Franks y publicada en el periódico londinense *The Times* en 1982, Sharpe afirma que su intención al escribir novelas es simplemente entretener, y no erigirse en un «gurú» o director espiritual del público lector: «Novelists are people who write books for enjoyment. Enjoyment is the basis of art» (10). Algo parecido decía William Congreve en su prólogo a *The Way of the World*. El actor que presenta la obra afirma irónicamente que su intención no es otra que entretener al público y que no le mueve ningún deseo de criticar o reformar la sociedad de su tiempo:

> Satire, he thinks, you ought not to expect;
> For so reform'd a town, who dares correct?
> To please, this time, has been his sole pretence,
> He'll not instruct, lest it should give offence.
> Should he by chance a knave or fool expose,
> That hurts none here, sure here are none of those.

Quizá no haya tanta ironía en el comentario de Tom Sharpe como lo hay en el de Congreve, pero la actitud que ambos escritores muestran en sus obras es parecida. Por ello describir a Tom Sharpe como un simple cómico o un bromista chistoso, autor de narraciones humorísticas, es quedarse a medio camino. Efectivamente, sus obras no contienen profundos tratados de filosofía ni elevadas cuestiones metafísicas, pero encierran algo más que chistes y escenas divertidas que hacen que el lector pase un buen rato. Detrás de esa comicidad se esconde una cierta intención satírica, un deseo de poner en la picota los defectos de la sociedad contemporánea. Pocas líneas de sus novelas están exentas de una crítica mordaz contra actitudes y comportamientos de una variada gama de tipos sociales o instituciones, entre los que normalmente se encuentran aristócratas, policías, abogados, jueces, académicos, feministas, psiquiatras, clérigos y un largo etcétera. Son pocos los que se escapan a su pluma burlona, una pluma que arremete contra la estupidez, la hipocresía, el esnobismo, la corrupción o la violencia. Como todo escritor satírico, Sharpe posee una especial sensibilidad para detectar los males de la sociedad, ya sea en Sudáfrica o en la propia Inglaterra, lo cual le produce una cierta indignación y un deseo de exponerlos al escarnio público mediante sus novelas.

Los procedimientos retóricos que utiliza Sharpe para trasmitir su crítica y persuadir al lector de lo equivocado de estas actitudes son los propios de la sátira, según se han definido anteriormente. En primer lugar, la claridad y sencillez típicas de este género se encuentran en la transparencia de su prosa, que llega fácilmente hasta el lector. Su estilo es claro, preciso y directo, con diálogos convincentes que reflejan el lenguaje coloquial y descripciones sencillas, sin referencias obscuras ni simbolismos complicados. La sencillez también se refleja en las acciones de sus novelas que nos

recuerdan aquellas de las comedias satíricas de costumbres, con su exposición, nudo, climax y desenlace[1].

La simplificación característica de los escritos satíricos aparece claramente en los personajes de Sharpe. De su personalidad se nos muestra sólo unos rasgos muy concretos, representados a veces de forma exagerada para verlos con mayor claridad, y se ignora el resto. Personajes como Commandant van Heerden, Miss Hazelstone, Blott, Eva Wilt, Sally Pringsheim, Inspector Flint, Lord Petrefact, Walden Yapp, Willy Coppet, Peregrine Clyde-Brown, Glodstone, etc., no son más que arquetipos que ilustran algunos de los vicios y defectos que el autor desea censurar. Henry Wilt es uno de los pocos personajes que nos ofrece una personalidad algo más compleja y que llega incluso a evolucionar y adquirir una cierta madurez dentro del relato. El resto son simples caricaturas que tienen una función satírica-didáctica parecida a la de los protagonistas de las «morality plays» medievales, las «comedy of humours» de Ben Jonson o las «comedy of manners» de la literatura inglesa de la Restauración y del siglo XVIII, en donde hasta sus nombres son un mero reflejo de su personalidad: véase, por ejemplo, el injusto juez llamado Justice Schalkwyck, el vicario borracho y contrabandista John Froude, el odioso Lord Petrefact o el abogado Mr Rubicond.

Ninguno de estos personajes despierta en el lector el más mínimo sentimiento de afecto o simpatía, ni tan siquiera los protagonistas. Su personalidad está tan cargada de imperfecciones y taras que al lector le resulta muy difícil identificarse con ellos; incluso cuando sufren momentos de angustia y se convierten en víctimas del sistema o de la acción de algún desalmado enemigo, el lector se mantiene impasible y piensa para sí mismo: «se lo tiene bien merecido». Esto se consigue gracias a la postura distante que adopta el escritor a la hora de crear estos personajes, algo imprescindible para lograr una sátira eficaz.

Este distanciamiento se produce igualmente por la manera en que Sharpe presenta sus críticas a la sociedad. Rara vez encontramos la voz del narrador, generalmente omnisciente, censurando directamente el comportamiento de sus personajes, sino que deja que sean ellos mismos quienes muestren sus vicios y defectos mediante sus acciones o conversaciones. Y cuando es el propio narrador quien reprocha la actitud de estos personajes, lo hace mediante el uso constante de la ironía. Sirvan como ejemplo las primeras líneas de la primera novela que Sharpe escribió, *Riotous Assembly*, que consisten en una dedicatoria muy especial: «For those members of the South African Police whose lives are dedicated to the preservation of Western Civilization in Southern Africa», para descubrir después que es precisamente la policía sudafricana el objetivo principal de su sátira. Este es el tono que preside todas sus obras, repletas de fina ironía verbal, ironía del destino y sobre todo ironía dramática.

Gracias al empleo de esta ironía los personajes aparecen como seres hipócritas y ridículos cuyas expectativas se ven normalmente frustradas cuando chocan con la realidad, o se encuentran inmersos en situaciones embarazosas, desconociendo las

[1] No debemos olvidar que Sharpe inició su carrera literaria como dramaturgo y escribió nueve obras de teatro, de las cuales sólo una, *The South African*, se estrenó en Londres en 1961.

verdaderas circunstancias que han originado tal situación y que el autor cuidadosamente ha presentado al lector con anterioridad. Esto ocurre, por ejemplo, con el obispo de Barotseland en *Riotous Assembly*, Jonathan Hazelstone, quien buceando en su piscina oye una voz que le llama y está convencido de que es Dios quien le habla, cuando en realidad es la policía que viene a arrestarle por una serie de crímenes que no ha cometido; lo mismo sucede con el inspector Flint en *Wilt*, quien se ve envuelto en varias situaciones ridículas intentando probar la culpabilidad de Henry Wilt, cuando sabemos positivamente que él no mató a su mujer y que está siendo sincero en los interrogatorios. Una y otra vez, mediante la ironía dramática y el ridículo, el autor se ensaña con sus personajes haciéndoles protagonistas de situaciones en las que su dignidad como seres humanos se ve reducida a la más mínima expresión. Esta forma indirecta de llevar a cabo la crítica al comportamiento humano ha dado siempre buenos resultados y ha sido moneda de uso común en los escritos satíricos de todos los tiempos.

De vez en cuando, estas situaciones ridículas en las que se ven inmersos los personajes dan lugar a escenas tremendamente cómicas, pero al mismo tiempo aburdas y grotescas, que se alejan de toda posible racionalidad. A pesar de que las tramas de las novelas de Sharpe desarrollan una acción cohente y verosímil, llena de detalles que explican la consecución lógica de los hechos, en ocasiones nos encontramos con escenas en la que la realidad se distorsiona para mostrarnos, por ejemplo, a un agente de policía atado a una cama y vestido con un camisón de goma que intenta escapar de los ataques sexuales de una señora ninfómana y fetichista de la alta sociedad sudafricana, a un pobre profesor atado a una muñeca inchable de la que no se puede deshacer y que es la causa de que toda la ciudad se paralice, o a una bañera que empieza a temblar e inunda el piso de abajo causando una catástrofe. Estas situaciones provocadas por malos entendidos, múltiples coincidencias y acciones exageradas distorsionan la realidad, creando un mundo imaginario y dando un toque de fantasía necesario en toda sátira.

Este tipo de escenas que nos recuerdan algunos momentos de las películas de los hermanos Marx, Jerry Lewis, o Woody Allen, son escenas propias de la farsa, es decir, de aquellas piezas teatrales puramente cómicas en donde predominan precisamente los hechos exagerados y violentos. Esto ha dado pie a la crítica a considerar las obras de Tom Sharpe meras «farsas novelescas». Sin embargo, quedarnos ahí sería tener una visión limitada de estas novelas, porque detrás de estas escenas y personajes absurdos está la intención del autor de poner en ridículo los comportamientos, a su juicio erróneos, de toda una serie de tipos sociales. Los personajes no son simples payasos que realizan acciones graciosas con el único fin de entretener y producir la carcajada en el espectador, sino que representan e ilustran los defectos de la sociedad contemporánea.

Si echamos la vista atrás y recordamos los grandes nombres de la literatura inglesa que han estado ligados a la sátira, podemos observar que muchas de sus obras también tienen la intención de entretener al lector o espectador, para lo cual no dudan en incluir situaciones o personajes cómicos propios de la farsa. Geoffrey Chaucer en

su *Canterbury Tales*, Ben Jonson en sus comedias de «humores», Henry Fielding en su *Joseph Andrews*, R.B. Sheridan en sus comedias de costumbres, Lord Byron en su *Don Juan*, Kingsley Amis en su *Lucky Jim*, etc. no ofrecen la imagen típica del moralista serio y virtuoso que escribe con el único fin de condenar y corregir los vicios de su sociedad, sino que detrás de sus sátiras tenemos a unos escritores que pretenden arrancar de su público una sonrisa o una carcajada mediante escenas cómicas que hoy prodríamos calificar de «chabacanas» y que suelen ser propias de la farsa teatral.

Por lo tanto, podríamos concluir que, en efecto, las novelas de Tom Sharpe poseen los elementos propios de la sátira, como son la intencionalidad crítica, la justificación moral y la labor persuasiva del escritor, incorporando asimismo los procedimientos retóricos típicos de este género y que aquí hemos reducido a cuatro: la simplificación, el distanciamiento, la crítica indirecta y un toque de fantasía. Podríamos entonces incluir a Tom Sharpe dentro de la tradición satírica inglesa del siglo XX y situarle en la línea de Evelyn Waugh y de novelas como *Decline and Fall* (1928), *A Handful of Dust* (1934) o *The Loved One* (1948).

Es cierto que a Tom Sharpe se le considera actualmente un «best-seller», lo cual hace que en algunos círculos literarios le situen en los márgenes del llamado «canon literario». Quizá sea su humor descarnado o sus constantes referencias de tipo sexual o escatológico lo que también le excluya del campo de trabajo de la crítica más academicista; pero ésto es otro tema totalmente diferente y no debe ser un obstáculo que nos impida utilizar la palabra «sátira» a la hora de referirnos a sus obras, por muy serio y canónico que este término nos parezca.

Obras citadas

Congreve, William. *The Comedies of William Congreve*. Ed. Eric S. Rump. Harmondsworth: Penguin Books, 1985.
Franks, Alan. «The Sharpe End of Reality». *Times* (London) 8 Nov. 1982: 10.
Frye, Northrop. *Anatomy of Criticism*. Princeton: Princeton University Press, 1957.
Hewison, Robert. «Wielding His Waggler». *Times Literary Supplement* 14 Nov. 1980: 1280.
Highet, Gilbert. *The Anatomy of Satire*. Princeton: Princeton University Press, 1962.
Hodgart, M. *Satire*. London: World University Library, 1969.
Kernan, Alvin B. *The Plot of Satire*. New Haven: Yale University Press, 1965.
Midgley, Simon. «Novel Instance of Sharpe Practice». *Times Higher Education Supplement* 15 Aug. 1980: 7.
Pollard, Arthur. *Satire*. London: Methuen, 1970.
Sharpe, Tom. *Riotous Assembly*. 1971. London: Pan Books, 1973.
—. *Wilt*. 1976. London: Pan Books, 1978.
—. *Ancestral Vices*. 1980. London: Pan Books, 1982.
Shrimpton, Nicholas. «Vintage Stuff». *The Sunday Times* 21 Nov. 1982: 45.
Sutherland, James. *English Satire*. Cambridge: Cambridge University Press, 1958.
Urioste, Margarita. «Segunda traca en Piemburgo». *La Gaceta del Norte* 20 enero 1985: 34.
Worcester, David. *The Art of Satire*. New York: Russell and Russell, 1960.